

DE LA POESIA TRADICIONAL *

EN PORTUGAL Y ASTURIAS.

ROMANCERO INÉDITO ASTURIANO.

I.

Bajo el título de *Reina y cautiva* ha publicado un periódico ilustrado de esta capital una traducción española del precioso romance, que el renombrado vizconde Almeyda Garrett, uno de los principales ornamentos de las letras portuguesas en nuestros días, incluyó en su interesante *Romanceiro* (t. II, pág. 189.) con el mismo epígrafe. Fiel el traductor a la memoria del distinguido crítico que levantó en el expresado *Romanceiro* un verdadero monumento de gloria a la civilización y a la lengua portuguesa, intenta autorizar la peregrina tradición, que sirve de asunto al romance, vertiendo igualmente al español la nota con que lo dio a luz el docto Almeyda. «Ni en las colecciones españolas, ni en escritor alguno (había dicho el ilustre vizconde) se halla mención siquiera de este lindo romance *Reina y cautiva*, que anda en boca del pueblo y se repite con escasas variantes desde Extremadura a Tras-os-Montes, y aun, según mis noticias, en las provincias transtaganas.—Por sus alusiones a Galicia, al señorío de moros que estaba allí cerca, y a la tierra de Santa María, que como todos saben es el distrito entre Duero y Yonga, llamado en la actualidad *Tierra de Feira*, se ve que este poemita y su asunto son de los primeros tiempos de la monarquía.»

Tal era el juicio de Almeyda Garrett sobre esta popular tradición, fiada a la más espontánea de las formas poéticas en la Península Ibérica, y tal parece ser la opinión del traductor, que sigue copiando las palabras del critico portugués en esta forma: «El romance tiene toda la sencillez homérica, todo el tono de la poesía primitiva. Cautivos y renegados cristianos, volviendo a sus tierras después de robar a los mismos moros que los habían cautivado, se encuentran en muchas tradiciones; pero esa madre que bautiza a su hija con las lágrimas de sus ojos, es una creación tan bella como los más grandes poemas de la antigüedad.»—Admitimos nosotros también el juicio del simpático cuanto infatigable colector del *Romanceiro*, no sólo en el concepto histórico, sino también en el concepto estético: para nosotros, el romance que Almeyda Garrett designó con el indicado título de *Reina y cautiva*, sobre revelar una

antigüedad respetable, bien que no tal acaso como él mismo pretende, entraña todo un mundo de sentimiento y de poesía; pero nosotros no podemos admitir, como el traductor, que esta bellísima tradición popular se limite al suelo portugués, como de las afirmaciones del malogrado Almeyda se desprende, sin que por esto pretendamos deslustrar en modo alguno la gloria por el último conquistada, al coleccionar su muy estimable y estimado *Romanceiro*.

Del romance *Reina y cautiva* podemos en efecto asegurar, lo mismo que de la mayor parte de las tradiciones orales consagradas por la poesía en Portugal y recogidas con ilustrada diligencia por el celebrado autor del Fray Luis de Sonza, Garrett, movido de noble sentimiento patriótico y dominado irresistiblemente de los nativos encantos y de los rasgos de palpitante localidad, si es lícito decirlo así, que supo descubrir y saborear en aquellos cantares, sorprendidos por él en los labios de la muchedumbre, dejóse llevar más de una vez a muy absolutas afirmaciones, ocasionadas siempre a error y más peligrosas todavía, tratándose de una materia no trabajada y aun puede decirse virgen, cuando en 1851 publicó su *Romanceiro*. Porque en verdad, sin que esto sea agravio a nuestros eruditos, si lograron éstos formar sucesivamente con los romances impresos en pliegos sueltos, durante todo el siglo XVI, copiosas colecciones, tarea a que puso no ha muchos años digna corona nuestro sabio amigo D. Agustín Durán, ninguno hasta aquella fecha había buscado inmediatamente en la boca del vulgo esos tesoros inestimables de nacional poesía, cuyos veneros van por desgracia cegando a toda prisa lo mismos plausibles progresos de la edad presente. Así que, si aun explotada con afortunado ahínco la riquísima mina de las tradiciones populares, fuera siempre aventurado el concluir negando a una comarca limítrofe y hermana lo que de otra se supone original y privativo, mayor será el riesgo entrando por vez primera en campo jamás cultivado, o mejor diciendo, trazando las primeras zanjás a una explotación por extremo vaga y fortuita.

Y que esto era inevitable, dadas las referidas afirmaciones por demás absolutas, lo han venido a demostrar los primeros ensayos hechos sobre el terreno de nuestras más antiguas provincias, en orden a los mismos romances tan celebrados por el docto Almeyda.—En 1800 hicimos al suelo de Asturias un largo y detenido viaje, para estudiar los monumentos arquitectónicos de la primitiva

monarquía pelagiana; y al atravesar aquellos fértiles valles y encrespadas montañas, enriquecidos y consagrados por las más venerables tradiciones históricas de los primeros días de la Reconquista, ocurriéronos felizmente la idea de interrogar la memoria de sus moradores, por si vivía aún en ella el recuerdo de la antigua musa popular asturiana. Fue el éxito que obtuvimos muy superior, en verdad, a cuanto podía lisonjear nuestra esperanza; y pocos meses después, primero la *Revista de la literatura neo-latina e inglesa*, dada a luz en Berlín por el doctísimo Wolf y después la Revista Ibérica, publicada en Madrid, dieron a conocer al mundo sabio el resultado de nuestras investigaciones. —El pequeño ramillete de romances asturianos, que dimos entonces a luz, despertó la atención de los más señalados críticos de Francia, de Alemania y aun de Italia, apresurándose algunos a incluirlo en más numerosas colecciones, como lo hizo el diligentísimo conde de Puygmaigre en sus *Chants populaires recueillis dans le pays messin*, no sin establecer importantes relaciones generales con las poesías de igual género debidas a otras naciones de Europa.

No olvidó el erudito conde a Portugal, vislumbrando por los romances publicados mayores y más estrechas analogías en los que declarábamos poseer; y no se equivocaba por cierto. Figuraban realmente en la Colección de cantares, recogidos por nosotros en el centro de las montañas de Oviedo, crecido número de romances fundados en las mismas tradiciones del antiguo reino lusitano, que formaban sin duda la mayor y más granada parte del *Cancioneiro* de Almeyda Garrett; y este simple hecho nos daba motivo, no ya sólo para comprender cuán aventuradamente procedió al resolver una y otra vez que eran aquellas exclusivas de la cultura portuguesa y formuladas por su musa popular, mas también para levantarnos a más altas consideraciones críticas, no sospechadas siquiera por investigador tan afortunado como diligente.

Comparando, en efecto, la *Colección de romances asturianos* por nosotros allegada en el indicado viaje arqueológico, con el citado *Romanceiro*, obteníamos el resultado, harto significativo, de que precisamente aquellos mismos cantares que Almeyda Garrett designaba como únicos, y en que descubría mayores rasgos de originalidad, atribuyéndoles antigüedad más respetable, vivían todos en la tradición oral de las montañas de Asturias. Tal

sucedía con los designados bajo los títulos de: *O captivo, la Infetcada, Sylvaninha, A Romeira, la Bella Infanta, Helena, doña Ausenda, don Duardos* y el conde *Yanno*, que corresponden, con extremada exactitud, a los que en nuestra Colección hemos señalado con los epígrafes de: *Los cautivos, el Caballero burlado, Delgadina, el Honor vengado, La esposa fiel, Arbola, la Princesa Alexendra, la Infanta y la Infantina*. Y de todas estas nueve joyas de poesía popular e ingénita,—exceptuada sólo la última, que tuvo sin embargo por más antigua, y otra puramente castellana, explanación en su sentir de la portuguesa,—afirmaba, sin vacilar, Almeyda Garrett que eran genuinamente lusitanas, sin hallar correspondencia ni menos reproducción en otra alguna comarca de la Península Ibérica.

II.

Ahora bien: si todas estas poesías tradicionales tuvieron en la estimación de crítico tan ilustre alta significación e importancia, mostrándose él grandemente pagado y un tanto orgulloso de que pertenecieran a la musa nacional portuguesa, ¿qué no podremos decir nosotros, al hallarlas arraigadas en los apartados valles de Asturias, viviendo sólo en la memoria de venerables ancianas pobres, sencillas e ignorantes, o confiadas a la tierna inteligencia de niñas, no más ilustradas por cierto?... ¿Qué, al oírlas entonar con aquella especial canturía, que sólo resuena ya en las montañas de Córao y de Abamía, del Infiesto y de Covadonga, de Cangas y de Lena?... Sabemos en verdad que lo mismo en el suelo lusitano que en las demás regiones de la Península Ibérica, sometidas al yugo del Islam, sobrevivió a la gran ruina de Guadaletela raza hispano-latina, señalada desde aquella gran catástrofe con nombre de mozárabe: no desconocemos que tanto Almeyda Garrett, como el prestantísimo Alejandro Herculano, cifran en esta raza la mayor gloria portuguesa, aun reconocidos todos los elementos que entran sucesivamente a componer la población de aquellas comarcas occidentales de la Península: no olvidamos por último que al llevar sus armas victoriosas a las regiones Oceánicas, hallaron en ellas un Fernando I y un Alfonso VI copioso número de habitantes cristianos, quienes no sólo los saludaban como salvadores, sino que les daban muy eficaz ayuda en sus empresas. Todo esto sabemos, y tenemos presente, al ver la

insistencia con que el muy entendido colector del *Romanceiro* procura descubrir en los citados cantares el vigoroso sello de los sentimientos y de las creencias, que animaron a la grey *mozárabe*, pensando hallar en ellos la base de cierta nacionalidad poética.

Mas considerados todos estos hechos y quilatada debidamente su importancia ¿qué hubiera dicho el docto Almeyda Garrett al reconocer la existencia de los cantos populares de Asturias, tan libres, tan espontáneos, tan ingenuos como han llegado a nuestros días? ¿Qué, al notar en ellos, con aquella perspicua mirada que distingue su crítica, mayor entereza y energía, más decidida inclinación a los sentimientos y a las situaciones severamente trágicas, más aire, en fin, de montaña?... Para nosotros no es dudable que el raro ingenio y la ciencia histórica del colector del *Romanceiro* le hubieran preservado de la injustificada pretensión de suponer que los moradores de Asturias,— encerrados en sus montañas, desde que Ordoño II pone en León la corte de la creciente monarquía de Pelayo, a tal punto que parecen disociarse del movimiento general de la cultura, que entrega en breve su cetro a las Castillas,—habían de pedir a Portugal sus más espontáneas inspiraciones. Cuando Portugal comienza a tener alguna significación, como pueblo, merced al valor, la energía y la fortuna de Alfonso Enriquez, Asturias cuenta ya cuatro largos siglos y medio de independencia, y a tal grado ha subido la obra de la Reconquista, bajo las enseñas de los Césares castellanos, que a pesar de repetirse por aquellos días los más desesperados esfuerzos del África entera para tornar su temida pujanza al imperio del Islam, no logran ya infundir el antiguo terror al pueblo cristiano, como no alcanzan tampoco a hacerle retroceder un solo paso en su inmortal empresa. ¿Cómo había de olvidar todo esto el ilustre Almeyda?...

Cuando nada sospechaba en orden a la existencia de los *Cantos populares asturianos*, y tantas y de tal bulto eran a sus ojos las típicas dotes que avaloraban a los *portugueses*, lejos de ser repugnante, natural y muy obvio parecía que los conceptuase nacidos exclusivamente en aquel suelo y amasados, por decirlo así, con sangre lusitana. Mas descubiertos ya los *asturianos*, fuera agravio de su discreción el no conceptuarle con independencia y vigor de espíritu suficientes para levantarse a más alta y general esfera, buscando no ya

en el estrecho recinto de Portugal, sino en el más ancho y dilatado de la Península entera, las leyes superiores de esa paridad y armonía en las manifestaciones de la Musa popular, no más espontánea en la Extremadura lusitana y en la provincia des-Tras-os-Montes que en los valles de Asturias, si había de merecer con justicia aquel nombre. Privilegio es muchas veces de esta Musa el buscar las fuentes de su inspiración en tales esferas, que no es dado a la más exquisita diligencia ni a la más aguda penetración el descubrirlas: ley ineludible es, no obstante, para ella el revestirlas y exornarlas con tan conocido traje y librea que a nadie, sin ser ciego, es dado desconocer su cuna y su naturaleza.

III.

No otra enseñanza nos ministra el examen de los *Cantos populares de Asturias y de Portugal*, tan semejantes en su fondo como distintos en sus formas, por más que a veces nos ofrezcan hasta las mismas asonancias. Más varios, sin duda, que los portugueses, por el múltiple orden de ideas y de sentimientos que revelan e interpretan, abarcan los asturianos más ancha esfera, y teniendo su raíz en la vida real, aliméntanse de la piedad y de la devoción de la muchedumbre, que, eligiendo por su intercesora a la Madre de Jesús, hacía la constante objeto de su amor y de su esperanza. Muchos, muy delicados y por extremo sencillos, son en las montañas de Oviedo los romances inspirados por tan verdadera y pura adhesión, de los cuales puede decirse con entera propiedad, como el poeta de las mieles bíblicas, que *redolent fragantia thimo*. Entre los que nosotros hemos logrado recoger en nuestra *Colección* y forman la mayor parte de la sección religiosa de la misma, figuran, por su nativa sencillez y frescura, la *Pastorcica*, la *Peregrina*, la *Romera*, la *Predicción*, la *Vuelta de Nazareth*, etc., siendo de notarse que el tema de la romera y de la *romería*, como tan favorito de la época y de la montaña, se reproduce una y otra vez bajo multiplicadas relaciones, todas piadosas por extremo, y animadas las más de sorprendentes peripecias, en que hace siempre el principal oficio la dulce Abogada de los que lloran.

De este orden de sentimiento y de ideas, en que se reflejan y pintan de un modo candoroso e ingenuo, no ya sólo las creencias, sino también las prácticas reales

de la vida, traducidas en escenas pastoriles, hospitalarias y religiosas de inimitable peregrinidad y belleza, pasa la musa popular asturiana a la contemplación de la vida en cierto modo histórica; esfera dentro de la cual, por una larga serie de inevitables peripecias, había llegado el pueblo de Pelayo a constituirse en cierta manera de excepcional apartamiento. Mas si este significativo hecho, poco estudiado y acaso no advertido por los historiadores de la Edad Media, y no más tenido en cuenta por los modernos, pudiera parecer un tanto extraño e inverosímil, bastaría, sin duda, a desvanecer esta repugnancia, por lo que a la manifestación poética atañe, el corto número de cantos populares, que tienen en aquellos valles y montañas por asunto de su inspiración la historia nacional española. A la verdad halla difícilísima explicación este singular fenómeno, y no fue pequeña la admiración que en esta parte produjo en nosotros el resultado de nuestras investigaciones. Sólo han dejado huellas en aquellas agruras las fraticidas luchas que, al mediar el siglo XIV, escandalizaron y llenaron al par de luto todas las regiones del imperio castellano; pero huellas terribles y sangrientas que viene a hacer más profundas la poderosa y rica fantasía de la musa montañesa.

La alevosa muerte de don Fadrique, en el alcázar de Sevilla, había, por ejemplo, llevado de uno a otro confín de España el terror del rey don Pedro y el odio de doña María de Padilla: el cantor popular de Asturias imagina que en la mañana del día de Reyes acuden todas las damas y doncellas de la corte castellana a pedir al rey don Pedro aguinaldo: entre ellas aparece doña María; y mientras todas demandan a don Pedro sedas, brocados y otras mercedes personales para sus amantes, pídele ella la cabeza del maestre de Santiago. Concédela don Pedro: el desventurado maestre, pagado de sus riquezas y orgulloso por su gran poderío, desoye el previsor aviso de sus parciales; pero apenas penetra en el alcázar, cuando rueda su cabeza por el suelo. Don Pedro, a quien la presentan en rica batea, manda que la lleven a doña María; recíbela ésta, no sin asombro, dado el fraticidio, y desahogando su ira en la faz ensangrentada de don Fadrique, cólmala de injurias y denuestos, arrojándola después a los perros. Un alano del maestre le reconoce en aquel horrible despojo, y apoderándose de la cabeza, la lleva a lugar sagrado, enterrándola allí, mientras que el rey don Pedro presencia esta singular escena desde su palacio. Al saber que el alano había sido

de don Fadrique, caen en su corazón terribles remordimientos, exclamando:

¡Ay triste de mí, e mezquino!...
¡ay triste de mí, o cuitado!...
Si el alano faz aquello,
¿qué ha de facer el hermano?...

El insomnio le aflige: en medio de la noche escucha la voz del maestre, y aparece éste ante sus ojos sin cabeza en su caballo;» visión espantosa y sangrienta que la amenaza y condena como fratricida. Después le llama la misma doña María, mostrándose a su vista con la cruenta cabeza de don Fadrique prendida por los cabellos; y perdiéndose en los aires, déjale hundido en desesperado pavor, mientras lleva ella tras si la reprobación eterna de Dios y del diablo.

Difícil es hallar un cuadro más original y terriblemente fantástico. Pero ya lo hemos indicado: inspiraciones de esta naturaleza, o fueron muy peregrinas para la musa popular asturiana, o no se vincularon en la memoria de aquellos montañeses, fiel depositaria de otros cantos en que la vida real se mostraba y traducía de un modo indirecto, arrimándoseles al paso y ganando el aplauso universal multitud de leyendas verdaderamente fantásticas, cuyo origen estaba por cierto muy distante de la vida actual y congeniaba difícilmente con las tradiciones heroicas de la Península. Tal acontecía en particular con los *cantares asturianos*, que, según dejamos dicho, se relacionan más íntimamente con los portugueses, coleccionados por el docto Almeyda Garrett en su *Romanceiro*, a pesar de que tan entendido crítico haya conceptuado como originarias, y aun nacidas en el suelo de Portugal, las tradiciones en que se fundan.—El estudio comparativo de unos y otros nos ofrece luz bastante para discernir cómo no sólo hallaron esas fantásticas leyendas y esas nacionales narraciones entera correspondencia en Asturias, sino que aquel dulce y enfático romance, empleado por el Rey Sabio en sus muy piadosas *Cántigas*, y primera fuente del habla lusitana, así como el catalán, el mallorquín y el valenciano, se prestaron también, como otros tantos dóciles instrumentos, a modularlas y enaltecerlas, revistiéndolas de las formas populares.

Persuádalo así con muy notables ejemplos el *Romancerillo catalán* dado a luz ha ya tiempo por el entendido profesor de Barcelona, don Manuel Milá y Fontanals, y más completa convicción produciría la copiosa colección allegada en Cataluña y Mallorca por el bibliotecario don Mariano Aguiló, si a dicha se hubiera este resuelto por fin a darla al público. Como quiera, fijándonos por breves momentos en algunos de los cantares ya mencionados, abrigamos la esperanza de llevar este convencimiento al ánimo de nuestros lectores. Elijamos, pues, con este propósito los romances de *Sylvaninha*, *A Romeira*, *Helena* y *doña Ausenda*, que, como sabemos, corresponden a los de *Delgadina*, *El Honor Vengado*, *Arbola* y *La Princesa Alexendra* en nuestra Colección o *Romancero asturiano*.

IV.

Sostiene Almeyda Garrett, respecto de la leyenda del *Sylvaninha*, que sobre ser antiquísima en Portugal, nada tenía de castellana (1); y sin embargo, bajo el título de *Delgadina*, no solamente había echado raíces en el suelo astur, sino también en la Rioja, Aragón y Navarra, no sin que al fin cundiera a las comarcas andaluzas, principalmente a la Serranía de Ronda, donde anda todavía en boca de las ancianas y de las jóvenes.

Delgadina es en la más antigua versión asturiana, como *Sylvaninha* en la portuguesa, la última de tres hijas que tenía un rey, quien enamorado de ella intenta gozar torpemente aquel amor incestuoso. Horrorizada la princesa, rechaza indignada tan infame demanda de su padre; mas irritado éste, enciérrala en muy oscura torre, donde la mortifican al par angustiosa sed y hambre devoradora. Ansiando consuelo, asómase la infeliz a una ventana, y divisando desde ella a sus hermanos, pídeles agua para templar las ardorosas fatigas que la matan.—Pero en vano. Irritados aquellos, cárganla de insultos y maldiciones, que repiten sucesivamente sus hermanas y su madre, dejándola todos entregada a sus mortales angustias.—A tal punto subían éstas, que la infeliz *Delgadina* se veía al cabo forzada a dirigir la misma súplica a su incestuoso padre. Juzgando ya logrados sus criminales deseos, ofrece el temerario anciano un reino al primero de sus pajes que suba a la estancia de *Delgadina* un jarro de agua. Al llegar el más afortunado, había ya dejado de existir la princesa, y caído

también el rey, su padre, como herido de un rayo. Pero ¡justo castigo del cielo!... mientras el lecho de la mártir era rodeado de ángeles, apoderábanse del rey los espíritus del Averno.

No tan conformes como *Silvaninha* y *Delgadina*, de que poseemos hasta tres versiones distintas todas asturianas (2), conciértense, sin embargo, acusando una misma fuente, los romances *A Romeira* y *El Honor vengado*, y aun insisten en la misma rima.—Una hermosa niña, que toma en el romance portugués oficio de romera, ricamente ataviada, bajaba sola por una montaña: al llegar al valle, salíale al encuentro un caballero, cuya presencia le infundía grandes temores. Asegurada por éste, mostrábale que iba a bodas de una su hermana, y llegados ambos a una fuente donde se detenían a beber, asaltaba al caballero el deseo impuro de gozarla. Con astucia pretendía primero lograrlo; mas rechazado noblemente, acudía al fin a la fuerza, escudado de la soledad que los rodea. La resistencia de la doncella era tan enérgica como afortunada; pues que habiéndosele caído, en medio de la lucha, la espada al caballero, apoderábase de ella y clavábasela, aunque temblando, con tal fuerza que le salía el hierro por la espalda. La sangre del caballero producía un efecto mágico en la doncella; y cuando sintiéndose morir, le rogaba aquél que no se alabase de haberle dado muerte con sus propias armas, prorrumpía en amargo llanto, prometiéndole llevar su cadáver a la iglesia de San Juan, consagrándole sus piadosas preces. Así termina la versión asturiana: en la portuguesa dirígese la romera a una cercana ermita, para implorar el auxilio del cenobita que la mora, a fin de dar tierra bendita al cadáver del caballero, mientras declara ella que su fin está muy cercano. He aquí cómo el romance acaba:

«Ermitao, per Deus vos peço
bom ermitao d'esta ermida,
tenhais dó d'essa ma alma,
que inda agora se partía:
dat terra benta a seu corpo;
que Deus lhe perdoaria.»

«Portuguesa de nazenza» llamó Almeyda Garrett a la bella tradición de Helena,

no descubriendo vestigio alguno de ella «*en colecção castelhana*;» y sin embargo, los valles de Asturias guardaban hasta dos versiones de esta patética historia, bajo el título de Arbola. Esta princesa, que como casi todas las que figuran en los cantos populares es hija de rey, espera en el pórtico (portal) de su palacio la vuelta del conde Alforgo, su esposo, que andaba a caza, cuando sintiéndose acometida de dolores de parto, muestra a la madre de aquél deseos de parir en el alcázar de su padre.—Dominada de torpe ojeriza y movida del feroz anhelo de la venganza, facilita la suegra el intento de Arbola. Mas no bien había abandonado el hogar de su esposo, fiada en la lealtad de la madre, cuando torna Alforgo a su palacio, ya entrada la noche, rendido de las fatigas de la caza. Con solicitud de amante pregunta por su esposa; mas la malevolencia de aquella misma que debía labrar su dicha, enciende el corazón del conde con el fuego de ponzoñosa calumnia, y excitado a la venganza, parte para el Valledal, cuyo palacio, que era el del padre de Arbola, rodea siete veces, sin hallar quien le abra las puertas. Al cabo ve asomarse una doncella, la cual reconociéndole, le pide albricias, por haber dado a luz Arbola un «fijuelo muy galane.» Irritado más que nunca, repícale el conde, mandando a su esposa que inmediatamente le siga. Opónese al principio el rey, padre de Arbola; pero respetando los derechos de esposo, cede al fin a la cruel intimación de Alforgo, no sin hacerle responsable de la vida de su hija. Sin sospechar la traición de que era víctima, y sumisa como siempre a la voz de su esposo, camina tras él en silencio la desdichada princesa por el espacio de siete leguas, llevando en sus brazos al recién nacido infante. El silencio de la desdichada madre llama al cabo la atención del conde, quien exclama:

—¿Cómo non fablas, mi esposa,
qual me solías fabláre?

—¿Cómo he de fablaros, conde,
si non puedo respirare?

Los campos, por do pasamos,
regados con sangre vane.

Indiferente al dolor de la desdichada Arbola, prosigue Alforgo su camino, hasta que llegados a una ermita, pide allí la desangrada madre confesión, ya de todo

punto desfallecida. Pocos minutos después expira, no sin espanto del endurecido conde, en cuyos oídos resuena con pavor la triste voz del recién nacido, para bendecir a su madre anunciándole la felicidad eterna, mientras dirigiéndose a Alforgo, le dice:

¡Ay, conde padre, tu dicha,
non sabemos cuál serae;
más yo ¡infelice de mí!...
que voy a la oscuridade!...

(Se concluirá.)

José Amador De Los Ríos.

(1) *Romanceiro*, t. II, pág. 104.

(2) Véase el cap. XXII de la segunda parte de nuestra *Historia crítica de la literatura española*, t. VII, página 445.

Parte 2

(Conclusión.)

Con razón parecía envanecerse Almeyda Garrett, al asegurar que sólo existía en lengua lusitana tan bella leyenda, de que poseemos, sin embargo, dos diferentes versiones asturianas, a cual más peregrinas y llenas de preciosos rasgos trágicos, que las hacen, en nuestro juicio, muy superiores a la portuguesa. Pero si, al ser oída en los valles y montañas de Oviedo, crece el precio de esta narración popular, descubriendo ya en ella tres diferentes tipos generales acariciados por casi todas las poesías de igual índole en las naciones del Mediodía (1); si son de tal relieve en ella las pinceladas, que revelan una virilidad y energía extraordinarias, respecto del carácter nacional,—no se halla por cierto sola esta leyenda en el parnaso popular asturiano, cual modelo de tradiciones trágicas y

patéticas que superan en este concepto a las portuguesas, nacidas indubitadamente de una misma raíz y alimentadas de una misma savia. Al lado del bello romance de Arbola brilla de una manera sorprendente el que dejamos ya designado bajo el título de *La Princesa Alexendra*, al cual responde en el *Romanceiro* de Almeyda Garrett el que dio a luz, con el epígrafe de *Doña Ausenda* (2).

Consideró el colector portugués esta preciosa joya de la musa popular como única y privativa de su parnaso, declarando que «no resto da Península nao consta que haja vestigios della,» y añadiendo que sobre ser una de las más antiguas tradiciones por él allegadas, «teem uma sabor musárabe que nao ingana.»— Convenimos en que revela este romance antigüedad muy respetable; mas no en la exactitud de tan absoluta afirmación, que desmienten en las montañas asturianas dos distintas versiones, las cuales ofrecen, en verdad, un desarrollo más trágico y terrible que la tan celebrada por Almeyda, conformándose así más estrechamente con el carácter general, que hemos reconocido en los cantares de Asturias.

Alexendra es una princesa que mora en Oviedo, junto a cuya fuente se cría una misteriosa yerba, que tiene la «muy estremada» virtud de fecundar a cuantas doncellas la pisan. Tocada acaso por la infanta, sintióse luego en cinta: advertido el rey de la inexplicable situación de Alexendra, convoca presuroso los más sabios doctores de toda España, para conocer la dolencia que la aquejaba. Siete son los elegidos. Ninguno de los seis primeros había acertado con el padecimiento de la princesa, cuando llegada su vez al más joven (el más chequito), declara que la «niña estaba embarazada.» Llena de dolor y suplicando al «doctorcico» que guarde silencio, retirase Alexendra a su cámara, donde entregada a sus antiguas labores, espera el momento doloroso de ser madre. Un hermoso infante es al cabo el fruto de tan peregrina influencia; pero temerosa la princesa del enojo de su padre, entrégalo en secreto a uno de sus pajes, para que lo confie a una nodriza leal, con entero recato del rey.— Parte, en efecto, el pajecillo con el recién nacido, llevándole envuelto en su capa; mas hallando acaso al padre de Alexendra, detiéndole éste, estableciendo con él el siguiente

diálogo:

Rey. — ¿Qué llevas ahí, pajecico,
en rebozo de tu capa?

Paje. — Llevó rosas y claveles;
antojos son de una dama.

Rey. — De esas rosas que tú llevas,
dayme la más colorada.

Paje. — La más colorada dellas
tiene una foja quitada.

Rey. — Que la tenga o non la tenga,
dayme la más colorada;
ca te la demanda el rey,
y al rey non se niega nada.

Despertando en estos momentos el infante, descubre al rey con su llorar la desgracia de Alexendra; y el irritado padre exclama, con reconcentrada ira, pronta a estallar de una manera terrible:

—Lleva, lleva, pajecico,
lleva esa flor colorada;
mas cuida que non lo sepa
el rebozo de tu capa.

La tremenda saña del padre deshonrado, resuelve lavar con sangre aquella afrenta; y venida la media noche, cuando todo dormía en silencio, pone término a la vida de aquella «rosa temprana,» arrastrándola por los cabellos y colgándola al fin de una de las almenas del castillo. — Poco es necesario meditar para no ver ya en esta tremenda pintura del honor y en todos los rasgos que la avaloran y caracterizan, aquel mismo anhelo de venganza, aquella reconcentrada indignación, aquella resolución heroica, y casi siempre superior a las fuerzas de la naturaleza, que, reflejando poderosamente el sentimiento nacional, iban, andando el tiempo, a resplandecer de una manera no menos terrible en el *Tetrarca de Jerusalem* y en *El Médico de su honra*.

La versión portuguesa buscaba en cambio un desarrollo y un desenlace menos trágicos. Doña Ausenda tiene, como la princesa Alexendra, la desdichado tocar la yerba encantada, y, como ella, se siente luego en cinta. Sábelo su padre, que también es rey, y condénala a morir en la hoguera. Un ermitaño, que mora junto al puente de Alliviada, se presenta en tal angustia a la princesa, muévela a tocar de nuevo la prodigiosa yerba, que tiene también la virtud de hacer parir sin dolor; y libre ya de la deshonra, corre Doña Ausenda en busca de su padre, cuyo enojo desaparece a su vista. En este momento el ermitaño, a quien había prometido el rey la mitad de su reino por el bien que le hiciera, comparece en la corte, y aceptando la palabra del rey, incluye a Doña Ausenda en la mitad prometida. Con burlas y sarcasmos reciben los cortesanos la extraña pretensión del cenobita: despojándose éste del capuz y del sayal, muéstrase, no obstante, como un gentil mancebo, dándose luego a conocer por el «conde Ramiro,» y obteniendo, como tal, la mano de Doña Ausenda.

Nadie podrá negar que esta versión, recogida por el discreto Almeyda Garrett en las regiones portuguesas de Entre-Miño-y-Duero, es en su última parte más varia en accidentes y de más apacible desenlace que la sorprendida por nosotros en las montañas de Aballe y de Cangas de Onís, en el centro mismo de Asturias. Pero a nadie será lícito desconocer que son más vigorosos, más ingenuos, más primitivos y mucho más conformes con la austera severidad de aquellas montañas los rasgos patéticos y verdaderamente trágicos, en que todo el romance asturiano de Alexendra abunda, hermanándose a maravilla con el de Arbola, para completar la idea del honor ofendido en el esposo y en el padre, cual modelo y prototipo de lo que había de ser en el glorioso teatro español, granada ya y venida a su colmo la cultura española. ¿Sería racional, en vista de todo, el suponer siquiera que estos cantares asturianos se derivan de Portugal, concediendo a los lusitanos la originalidad y primacía? Mucho sentimos que el profundo cuanto discreto Almeyda no pueda hoy darnos la respuesta. En esta dolorosa imposibilidad, procuraremos obtenerla de nuestros lectores, y para ello lícito nos será atraer de nuevo sus miradas sobre el romance *Reina y cautiva*, cuya traducción a lengua española nos ha movido a sacar a luz alguna parte de las observaciones críticas, destinadas a ilustrar nuestro precioso *Romancero de*

V.

Entre todos los romances designados por Almeyda Garrett, cual fruto espontáneo y único de la poesía popular portuguesa, acaso es el de *Reina y cautiva* el que más holgadamente se acomoda y ajusta, no sólo en la narración, sino también en las formas artísticas, a la versión asturiana.—Y sin embargo, no es posible desconocer, presupuesta su lectura, que hay en los dos romances, producidos por esta singular tradición en las montañas de Oviedo, crecido número de rasgos y pinceladas, los cuales le dan, en nuestro concepto, más subidos quilates que a la portuguesa en la estimación de la crítica.—Son los que llevan en nuestro citado Romancero los números XXXVIII y XXXIX: recogimoslos, el primero en Cangas de Onís de labios de Emilia Tolibia, joven de veintidós años, en el de 1860, y el segundo en Aballe, de los de doña Joaquina Fernandez, que contaba ya cuarenta y seis; y para que puedan nuestros lectores saborear por sí las bellezas poéticas que ambos encierran, y sea dado a los más eruditos comprobar en ellos nuestras observaciones, bien será el transcribirlos íntegros. Helos aquí:

I.

LAS HIJAS DEL CONDE FLORES.

Era Sara reina mora,
reina de la morería:
dizen que tiene deseos
de una cristiana cativa.

Que ha de ser fija de conde,
o de rey ha de ser lija:
ansí la quiere por suya,
por su esclava la quería.

El rey moro que lo oyera,
bajó luego a la montiña:
fallaron al conde Flores,
que viene de romería.

De San Salvador de Oviedo,
de Santiago, el de Galicia,
el devoto conde Flores
con sus romeros venía.

Al buen conde dieron muerte,
cautivaron la su fija;
en un pozo le arrojaron
e muchas peñas encima;

una grande a la garganta,
porque non subiera arriba.

Ya llevaban a palacio,
ya llevaban la cativa:
la reina que lo supiera,
sus llaves le entregaría.

—Non quiero llaves de fierro:
que non me pertenescian:
ayer tarde en estas horas
de oro lino las traía.

Puso la mano eu su pecho,
en llanto se desfacía.
—Dadme las llaves, señora,
pues mi suerte lo quería.

Preñada estaba la mora,

en cinta está la cativa,
y por la merced del cielo
ambas paren en un día.

Parió la cativa un niño;
la mora parió una niña:
fue la partera traidora,
para ganar las albricias.

La niña quitó a la mora,
quitó el niño a la cativa;
e fizo en los dos el troque
con falaguera falsía.

—¿Cómo te va, la cristiana,
cómo te va con tu niña?...
¿Cómo quieres que me vaya
lejos de la patria mía?...
¿Cómo quieres que me vaya
con la libertad perdida?...

—Si estuvieras en tu tierra
¿tu tija baptizarías?...
—Con lágrimas de mis ojos
la baptizo cada día.

—Baptizar, baptizarásla;
'pero ¿cómo la pornias?
—Si en mi palacio estoviera
e fuese la niña mía,
pusiérale Blanca Flora
e Rosa de Alexandria.

Ansy se llama una hermana

que yo tengo en morería:
me la cativaron moros
día de Pascua-florida.

Estando cogiendo flores
en un jardín que tenía,
e claveles encarnados,
me la fecieron cativa.

La reina de que esto oyera
fizo grandes alegrías;
e como lo vido el rey,
deste modo la decía:

—¿Qué avedes, la mi mujer,
qué avedes, esposa mía?...
—Que entendí tener esclava
e tengo hermana querida.

—Casaremos la tu hermana:
que yo un hermano tenía.
—Non lo quiera Dios del cielo
nin la sagrada María:
non lo quiera Dios del cielo
nin la Virgen lo permita.

Crande vergoña e ludibrio
para mi sangre sería,
las fijas del conde Flores
maridar en morería.

Dexad, rey, que s' torne luego
a su tierra la cativa:
non querades que os mienta

como yo siempre os mentía.

Ca en el ruedo de la saya
traigo a la Virgen Maria,
que me ampare e me defienda
contra las vuestras mentiras.

María, a quien rezo el rosario
una vez en cada día;
eso mesmo a media noche,
quando la gente dormía.—

El rey moro, que lo supo,
mudó el color de la ira:
las fijas del conde Flores
en torre escura metía.

Siete años y las tovera,
siete años y las tenía:
al llegar la media noche,
amas hermanas morían.

Al pasar, que se pasaban,
llorando entrambas decían:
—«Virgen Madre, Virgen Madre,
que non oviste manzilla,
ted piedad de los corderos,
que entre fieros lobos fincan:
dad amparo a nuestros fijos
que salgan de morería».—
Válgame Suestra Señora!
¡Gloriosa Santa María!

II.

LAS HIJAS DEL CONDE FLORES.

—Sal a cazar, el rey moro,
a cazar, como solías;
e traerasme una cristiana
de gran belleza e valia.—

Ya se saliera el rey moro,
a las carreras salía:
ya la fija del buen conde
allí feziera cativa.

Ya la lleva, ya la lleva
caniin de la morería:
la fija del conde llora,
ca era de su esposo en cinta.

Ya la presenta a la reina
que faze grand' alegría.
—Bien venida la mi esclava,
la gentil esclava mia.

Tengo de fazer contigo
lo que ante nunca faría:
tengo de darte las llaves
de todo cuanto tenía.

—No quiero tus llaves, mora,
tus llaves non las quería:
si las tuyas son de fierro,
las mías de plata fina.—

Quiso Dios y su fortuna

que ambas parieran un día:
la cristiana parió un niño;
parió la mora una niña.

Las parteras son traidoras;
e por haber las albricias,
llevan el niño a la mora
e a la cristiana la niña.

Non tardara mucho tiempo
que dentro del tercer día
fue la mora a ver su esclava,
por ver qué cama tenía.

—¿Cómo estades, la mi esclava,
la gentil esclava mía?...
—¿Cómo queredes que seya?...
Como una mujer parida.

Darásme mi niño, mora;
que yo le baptizaría,
e pornéle conde Flores:
ca así le pertenescía.

—Si eso decides, cristiana,
¿qué pornedes a la niña?...
— Si yo estoviese en mi tierra,
e la niña fuera mía,
porniale Rosa Almendra,
o Rosa de Alexandria;
ca así llamaba el mi padre
a una hermana que tenía.

Me la cativaron moros

acá dentro en morería;
me la cativaron moros
día de Pascua-florida.

—Si eso decides, cristiana,
vos sodes hermana mía.

Esto que oyera el rey moro
de altas torres se venía:

—¿Qué tiene la mi mujer,
qué tiene la mujer mía,
pues cuando menos lo espero
face tantas alegrías?...

—Que entendí tener esclava
e dulce hermana tenía.

—Callad, callad, mi mujer;
callad, callad, mujer mía:
que de tres fijos que tengo
el mejor escogería,
e por faceros merced
con ella le casaría.

—Non lo quiera Dios del cielo,
nin la Sagrada María:
dos fijas del conde Flores
maridar en morería.
¡Válgame nuestra señora!
¡Válgame Santa María!

Veamos ahora, para que la comparación pueda ser tan inmediata y fructuosa
cual necesita el presente estudio, la versión portuguesa, tal como la ha dado a
luz su traductor don V. Barrantes:

REINA Y CAUTIVA.

—Al campo, moros, que quiero
una cristiana cautiva:

unos vayan mar abajo,
otros vayan mar arriba,
y tráiganme la cristiana
que la reina me pedía.

Unos se van mar abajo,
otros se van mar arriba;
los que mar abajo fueron
no encontraron la cautiva;
pero tuvieron más tino
los que fueron mar arriba,
que hallaron al conde Floies
viniendo de romería
de rezar al Santo Apóstol
en Santiago de Galicia.

Matan allí al conde Flores;
la condesa va cautiva;
la reina cuando lo supo
al encuentro le salía:

—Bien venida, esclava, seas,
esclava, sé bien venilla.

Aquí te entrego las llaves
de la despensa y cocina,
que no me fío de moras,
no me den hechicerías.

—Tomo, señora, las llaves
por grande desdicha mía.
Ayer era yo condesa,
hoy criada de cocina.

— En cinta estaba la reina,
la esclava también en cinta.
La buena o mala fortuna
parir las hizo en un día.

Un varón tuvo la esclava,
la reina tuvo una niña;
pero las perras comadres,
para ganar más albricias,
dieron a la reina el niño,
y a la cristiana la niña.

—Hija mía de mi alma,
¿con qué te bautizaría?
las lágrimas de mis ojos
te sirvan de agua bendita.
Te llamaré Blanca-Rosa,
Blanca-Flor de Alejandría,
que así se llamaba en tiempos
una hermana que tenía;
cautiváronla los moros
allá por Pascua-Florida,
estando cogiendo llores
en un jardín que tenía.—

La reina desde su alcoba
estos lamentos oía,
y bañada en llanto, así
a sus esclavas decía:
—Esclavas, las mis esclavas,
sirvan bien a esta cautiva:
que si yo estuviera buena,
yo misma la serviría.—

El día que se levanta,
corre a ver a la cautiva:
—¿Cómo te encuentras, cristiana?
—¿Cómo tienes a tu hija?
—La niña buena, señora;
yo, como mujer parida.
—Si estuvieras en tu tierra,
di, ¿cómo la llamarías?...
—Llamárala Blanca-Rosa,
Blanca-Flor de Alejandría,
que así se llamaba en tiempos
una hermana que tenía;
cautiváronla los moros
allá por Pascua-florida,
estando cogiendo flores
en un jardín que tenía.

—Y si vieras a tu hermana,
dime, ¿la conocerías?...
—Como la viese desnuda
de cintura para arriba,
que bajo del pecho izquierdo
un lunar negro tenía...
—¡Ay! ¡Triste estrella me alumbra!
¡Ay! ¡Triste estrella me guía!
¡Mandé buscar una esclava,
y traen una hermana mía!—
Tres días eran pasados
cuando murió la infantita.
Lloró la condesa Flores,
que la tenía por hija;
pero más lloró la reina,
que el alma se lo decía.
El secreto entre criados

¡qué pronto que se publica!
La madre recobra al hijo
medio muerta de alegría,
y antes que pasen tres horas
las dos hermanas decían:
—¡Quién se viera en Portugal,
tierra del cielo bendita!—
Juntaron muchas riquezas
en oro y en pedrería,
y una noche muy oscura
huyeron de morería,
yéndose para su tierra,
tierra de Santa María,
y allí se metieron monjas
as dos en un mismo día.

Considerando que no han perdido mucho de su valor en la traducción española los más característicos rasgos del romance portugués, a que el docto Almeyda atribuyó valor y antigüedad extremados, fuera inexplicable temeridad el desconocer que le exceden las dos versiones asturianas, según ya insinuamos, en la ingenuidad y delicadeza de no pocos rasgos y accidentes, no menos que en la energía y homérica entonación de otros.—Pero repitámoslo, porque en esto consisten virtualmente las diferencias y variantes de unas y otras leyendas, al ser interpretadas, ya por la Musa popular de Portugal, ya por la de Asturias: los cantares que tan hondamente arraigaron en las montañas de Pravia y de Lloraza, de Priesca y de Sobrandio, trasmitiéndose de generación en generación hasta nuestros días, ostentan en sus toscas formas prendas y virtudes de tal ley, que no pueden conceptuarse como derivados, ni como elaborados por otra nacionalidad distinta de aquella en que nacieron y fructificaron. No es posible suponer, en consecuencia, que provinieron y se propiciaron a los expresados valles desde el suelo de Portugal; pretensión que a ser formulada en algún modo, tendría contra sí, además de las declaraciones de la crítica literaria, el testimonio entero de la historia patria. ¿Pudiera acaso intentarse lo contrario?

A la verdad, no faltarían razones.—Limitemos ahora nuestras observaciones a añadir, que pues las tradiciones que Almeyda Garrett juzgó exclusivamente portuguesas, tienen en general iguales interpretaciones populares en el centro de las Asturias de Oviedo, y no despreciables correspondencias en otras comarcas de España, no es posible ya sostener, sin temeridad notoria, que nacieron y florecieron únicamente en el territorio lusitano.—La sana razón, que es fundamento y norma de toda buena crítica, nos persuade en contrario de que, según indicamos arriba, debe buscarse el origen de esos estimables cantares, por lo mismo que tienen incuestionable significación nacional, en más dilatada esfera, estando sin duda sometido su desarrollo al influjo de leyes más generales que aquellas que pudieran reglar particularmente la vida intelectual de la muchedumbre en una comarca determinada. Y como, por más que los crasos errores cometidos por los gobiernos de España y de Portugal durante los últimos siglos, hayan podido sembrar entre ambos pueblos repugnantes preocupaciones y no justificados odios; la patria del rey don Dionis y de Alfonso IV, vivió la vida de la España central, compartiendo con ella, como Aragón y Cataluña y más que Navarra, las glorias y las prosperidades, los contratiempos y las desdichas,—no es repugnante, y antes bien muy natural, que alimentara y nutriera su espíritu con las mismas tradiciones derramadas y arraigadas con igual fuerza en toda la Península. La Musa popular portuguesa dio a estas tradiciones lo que les daba la Musa popular asturiana: la forma especial elaborada ya en las esferas de la muchedumbre, el sentimiento propio y característico del pueblo, y la manera de ver y de sentir la naturaleza que lo rodeaba, excitando o moderando sus inspiraciones e infundiéndoles ese color local, que tanto y tan bizarramente brilla hoy en unos y otros cantares. Buscar distintas leyes para explicar este linaje de fenómenos intelectuales, operados dentro de la Península Ibérica sobre negar lastimosamente lo pasado, sería también derramar las más oscuras nieblas sobre lo porvenir, entregando la suerte de ambos pueblos al más ciego y fatal casuismo.

J. A. de los RÍOS.

Julio, 1870

(1) En orden al tipo de la suegra envidiosa, calumniadora y cruel, y al de la nuera sencilla, cariñosa e inocente, hemos advertido antes de ahora que son uno y otro comunes a la mayor parte de las poesías populares de las naciones de Occidente. «trascendiendo a las literaturas eruditas, ora por medio de la poesía, ora por medio de la novela.» [Historia crítica de la Literatura española, t. VII, pág. 447). Pero sin salir de la Península vemos ambos caracteres bosquejados por la musa catalana, tal como prueba el romance titulado en el *Romancerillo de Milá: La vuelta de don Guillermo*.—También los Cantos populares de Provenza, recogidos por Mr. Dámaso Arbaud, reproducen la misma tradición y pintura de caracteres en el *Pourcheireto*, que es uno de los más bellos. El tipo de Alfargo, aunque más bárbaro, nos recuerda a don Lope de Almeyda en *A secreto agravio secreta venganza*, de Calderón, y se hermana, bajo la especial y típica consideración del amor ofendido, con el del rey padre de Alexendra, de quien a continuación hablamos.

(2) Romanceiro, t. II, pág. 172.

* * *

*Nota de transcripción: se han modernizado algunos acentos y ortografía.